

537
AÑO XV, SERIE II, n.º 70

1927, may

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONOMICAS

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Ing. F. Pedro Marotta
Por la Facultad

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo

Por el Centro de Estudiantes

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Guillermo Garbarini Islas

Dr. Alfredo S. Gialdini

Por la Facultad

Jacinto González

Por el Centro de Estudiantes

Salvador Russo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

La Unión Latino-Americana y el imperialismo yanqui

Un mensaje del Dr. Alfredo L. Palacios a la juventud universitaria y obrera de Estados Unidos

El Presidente de la Unión Latino-Americana, doctor Alfredo L. Palacios, acaba de dirigir un mensaje a la juventud estadounidense, estableciendo cual es, en el orden de las ideas políticas y sociales, la posición de la juventud latino americana, y desvirtuando, al propio tiempo, la afirmación de que anima la acción de aquélla, un propósito de hostilidad hacia el pueblo de Estados Unidos.

Dice así, el mensaje del doctor Palacios:

El presidente de la Unión Latino-Americana a la juventud universitaria y obrera de los E. Unidos. — Jóvenes de Estados Unidos: Me dirijo a vosotros para expresaros el pensamiento y las inquietudes de la juventud de América Latina y os pido que por amor a vuestro país y al porvenir de toda la América, acogáis mis palabras con afecto y las meditéis serenamente.

La U. L. A. combate la tiranía plutocrática

Ante todo, permitidme que desvanezca un prejuicio: se ha dicho entre vosotros, por un eminente universitario de vuestro país, el doctor Rowe, que el movimiento iniciado por la institución que represento va en contra de Norte América. Tal afirmación es inexacta y procede de un error, seguramente. Lo que se propone como fin, la Unión Latino Americana, según indica su nombre, es promover la confederación de las Repúblicas de esta América, cuyo idioma y origen son comunes, para unificar su

acción, defender sus intereses y realizar una obra constructiva que tenga por objeto los ideales humanos. No creo que tales propósitos sean contrarios a vuestra nación, porque admitir eso implicaría atribuirle pretensiones inconfesables. La verdad es que nuestras aspiraciones pugnan con el interés de esa "oligarquía constitucional y capitalista" que se ha adueñado de los destinos de vuestro pueblo y lo dirige y gobierna en su propio beneficio, conculcando el derecho y la justicia para apoderarse, por violencia o por astucia, de nuestras repúblicas aisladas e indefensas. Contra tal oligarquía que persigue tan desembozadamente sus fines egoístas, sin importarle arriesgar la paz de América, se dirige necesariamente nuestra acción, porque tiende a salvar y redimir de su actual servidumbre, esas democracias desvalidas que van rindiéndose al yugo de la tiranía plutocrática.

Los trabajadores y los estudiantes norteamericanos deben repudiar el imperialismo capitalista.

Pero, ¿es que acaso la juventud, el pueblo sano y consciente de N. A. se solidariza con los actos piratescos de sus gobernantes, que sólo benefician a una minoría, a la vez que desgarran y mancillan la gloriosa tradición liberadora de los EE. UU.? ¿Acaso todo el pueblo norteamericano ha roto con su pasado, ha renegado de la memoria de Lincoln el generoso, sagrada a la humanidad? El ansia de libertad que revistió las palabras de vuestros próceres de un idealismo solemne, cuyo acento resonaba halagador en el corazón de todos los esclavos de la tierra, ¿se habrá trocado, quizá, en un afán de dominio y de implacable tiranía, que proyecta su sombra sobre los pueblos, como la garra fantástica de un ave de rapiña gigantesca que pretende devorarlos?

Esa es, ciertamente, la visión que va surgiendo de vuestra fuerte República, en el alma humana acongojada, que contempla con pavor transformarse en amenaza inminente, lo que fué una esperanza redentora.

Pero esa visión generada por los déspotas, por la voluntad inhumana e implacable de los sedientos del oro, que quisieran cobrar en carne viva el interés de sus capitales y transformar el género humano en una máquina vil de acuñar moneda, es imposible que corresponda a todo el pueblo de Norte América, a las masas que han forjado esa máquina imponente de poder en cuyo engranaje se hallan oprimidas y que absorbe lo mejor de su existencia; es imposible, también, que corresponda a la juven-

tud, esa fuerza purificadora que lleva en sí la potencia germinativa por la cual se transforman las naciones y se renueva la humanidad.

El problema universal de las generaciones en lucha

No; yo sé que entre vosotros se ha planteado el mismo problema que ha surgido en nuestros pueblos: el de una generación cristalizada, de espíritu caduco, que detenta el poder y la riqueza, monopoliza las fuentes de la energía colectiva y las convierte en simple instrumento de su interés personal; y otra reciente generación, forjada al resplandor de la hoguera en que se inmoló a los pueblos, y que siente el peso de la conciencia de su propia responsabilidad.

Conocemos las ideas elevadas de esa moderna generación, y sus cálidas palabras, sus ágras imprecaciones, su crítica incisiva, han reconfortado nuestras almas, porque hemos sentido en ella palpitar el mismo anhelo de redención, de mejoramiento humano que nos acucia a nosotros; y hemos comprendido, entonces, que no se ha roto la tradición de los libertadores primitivos; y que esa Norte América imperialista cuyo ideal exclusivo es la conquista del dólar, sólo es la desviación, enceguecida y desatinada, del verdadero pueblo de Wáshington.

También se hallan sojuzgados, en general, nuestros pueblos por esa generación de mentalidad petrificada y de instintos egoístas que no conoce otro Dios que su bien material más inmediato; sólo que la oligarquía capitalista cuya voluntad impone la ley a vuestro pueblo es activa y dominante, proyecta en forma absorbente sus energías invasoras sobre las demás naciones, a las que pretende someter, mientras la nuestra es pasiva y se deja conquistar traficando con la vida, la libertad y la riqueza de sus propios compatriotas.

La fuerza material del coloso del Norte

El poder mecánico de vuestro país es asombroso y desconcertante. Poseéis la mitad del total de "caballos de fuerza" de todo el mundo y más de la mitad del oro que poseen juntas todas las naciones. Sois, además, los acreedores de todos los pueblos.

Vuestro capitalismo que tiene a su servicio la maquinaria del gobierno, es imperialista y marcha vertiginosa, agresiva, locamente, arrasando con todo, para ensanchar el mercado y ex-

portar capitales, en gran parte a nuestros países que pierden su soberanía, convirtiéndose en colonias, envueltos en las redes de vuestra diplomacia financiera. Penetración económica e intervención política marchan juntas. Así, en Panamá, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Cuba, simples protectorados. En Haití, donde vuestro gobierno dió el monopolio de las finanzas al "National City Bank" se estableció la esclavitud temporal por vuestras fuerzas. Tenéis a la mano los informes del Cuerpo de Marinería de vuestro país.

Hay que detener el proceso brutal de materialización que conduce a la ruína.

¿Es ésto una fatalidad de la historia? Niego que el proceso humano sea sólo el movimiento ciego de las fuerzas económicas. El hombre actúa bajo la influencia del medio social, pero vive, también, por el espíritu en el universo. Y vosotros, jóvenes que sentís la inquietud de los destinos humanos, que sois fuerza renovadora y os alienta un ideal, podéis transformar a vuestro país, deteniendo el proceso brutal de materialización que conduce a la ruina.

Por eso me dirijo, fraternalmente, a vosotros, sabiendo que han de escucharme corazones amigos. Aspiramos a romper la artificiosa muralla que nos separa y entablar a través del continente un diálogo cordial como entre hermanos de lucha que pugnan por los mismos ideales. Voy a hablaros, por tanto, francamente, libre de prevenciones y reservas, revelando plenamente nuestro pensamiento sobre las cuestiones que a todos nos afectan. Necesitamos reflexionar, meditar serenamente para elegir el sendero que debemos emprender.

Hay que abrir un camino que conduzca al corazón de los hombres.

Atravesamos, hoy, una encrucijada de los destinos humanos en que a causa del derrumbamiento de los antiguos valores podemos escoger cualquiera ruta. ¿Seguiremos el camino trillado de nuestros padres, cuyo suelo está amasado en lodo y en sangre humana y que sabemos conduce a los grandes mataderos donde se inmola a la especie en aras del Moloch de la Victoria, del capitalismo despiadado? ¿O entraremos en la senda que conduce al corazón de la humanidad para cumplir los destinos superiores donde se unifica el interés y el ideal de todos los hombres?

Si nos sentimos capaces de asimilar las lecciones de la historia, las enseñanzas de la experiencia, que nos muestran claramente el porvenir, no tenemos más remedio que volver las espaldas al pasado y a costa de nuestro esfuerzo, aún con nuestro propio sacrificio, abrir un camino nuevo a través de la selva enmarañada de bastardos intereses, para arribar a un sitio fecundo donde la tierra sea pura, el aire respirable y las aguas no estén emponzoñadas.

Repito que nuestro caso es, en esencia, idéntico al vuestro, aunque sea opuesto en la forma, porque los ejes humanos han realizado una virazón que empuja al hombre hacia tierras inexploradas, incitándole a seguir estrellas hasta ayer desconocidas. No es una sola nación sino la tierra entera, la que entra bajo la influencia de un nuevo signo, portador de esperanzas luminosas para el alma fatigada de los hombres.

Irremediable contradicción en que se debaten las generaciones caducas.

La generación caduca, conservativa y retrógrada en cuyas manos se encuentra todavía el destino de América, ha cumplido ya su ciclo y sólo puede estorbar la marcha hacia lo futuro. La característica esencial de los que forman esa generación, en todo el mundo, es la falta de sinceridad y de fe en el porvenir del hombre. Entre sus actos y sus palabras hay un abismo insalvable, irremediable contradicción de la cual, en ciertos casos, ni siquiera se dan cuenta, tan natural la suponen. Desconocen y desprecian las realidades humanas porque sólo se atienen a las cosas. El hombre es para ellos un ente desdeñable al lado de los productos que ha creado. Clasifican a la humanidad según la posesión de esos productos. Quien nada posee no cuenta. Mil veces más importante es un yacimiento mineral que un vigoroso plantel humano. La solidaridad no existe más que para defender o acrecentar los intereses de clase. Si no fuese indispensable elaborar los productos y fecundar la tierra, suprimirían de buen grado a toda la masa humana para abandonarse libremente a sus placeres. El capital, para ellos, siempre es patriota y extranjeras las ideas. Pretenden amar la patria sobre todas las cosas, sobreentendiendo en ella su propio patrimonio, y la ponen por encima y aun aparte de toda la humanidad, no obstante manifestarse fieles creyentes del cristianismo cuya índole es esencialmente universalista. Les sustenta la contradicción en lugar de

perturbarles. Lo único que les perturba es cualquier indicio humano que perciban en los productores de la riqueza. Los sustituirían de buena gana por autómatas para desterrar en absoluto el peligro y la manía de pensar. Han puesto el fin de la vida en el disfrute pacífico y bestial de las riquezas acumuladas. Se han embriagado con el poder y estiman su único Dios al signo que lo produce. Para conquistarlo adoptan la máxima jesuítica de que el fin justifica todos los medios.

Así, en los países pobres encarcelan y destierran a sus adversarios tildándolos de enemigos de la patria y de las instituciones, mientras pisotean a éstas y entregan la nación al extranjero. Y en los ricos y potentes, como el vuestro, se erigen en defensa del derecho universal y los ideales patrios y en nombre de ambos someten a los pueblos desvalidos, sujetándoles al yugo de sus propios intereses; y cubren de oprobio el nombre de su país, mancillándole con el estigma que merecen los pueblos desleales y opresores que proceden cual los malhechores públicos.

El Presidente Coolidge

Vuestro actual Presidente Coolidge, es el ejemplo representativo de esto último. Quienquiera que haya leído su libro "El precio de la libertad" le habrá considerado un paladín de los derechos humanos, de la moral y de la justicia, y habrá admirado en él su clara visión de que el peligro real de los Estados Unidos, no consiste en el debilitamiento del poder, "sino en las intenciones que rijan el uso de un gran poder". Habrá observado, también, que se da cuenta de que "a menos que los americanos no continúen viviendo en algo más grande que lo presente, **que no sean dirigidos por algo más que por las ventajas materiales...** perecerán, como han perecido otras naciones, a manos de un pueblo dotado de una gran fuerza moral". Lógico es, en consecuencia, que el lector de ese libro haya supuesto que tal hombre se hallaba destinado a realizar un cambio fundamental en el proceder político de Norte América, a convertirse en agente y campeón de la solidaridad continental. Más he aquí, que ese apóstol ferviente de la moral, del derecho y la justicia humana, utiliza su cargo de Presidente de la nación más fuerte del mundo para ejecutar el acto más arbitrario e injusto que se pueda concebir, **movido por intereses materiales**, contra un pueblo indefenso de la América; hasta el punto de no hallar excusas valederas, ni siquiera ante su mismos compatriotas, que

lo reprueban abiertamente. Y atrae sobre su nación, con ese acto, el ludibrio de la historia y el anatema y el odio de todos los hombres libres.

Tal es la manera típica de proceder de esa gastada generación, a la cual me vengo refiriendo. Se manifiesta, en teoría, genuina defensora de los ideales consagrados y en la práctica, resulta obedeciendo a los intereses más contrarios a la esencia del derecho.

Hay que reconquistar la fé del pueblo.

Esa irreconciliable contradicción entre las doctrinas y la realidad, es el patrimonio universal de la generación que ahora declina, y abre un abismo de oposición antagónica entre la masa y sus dirigentes. Ese abismo de desconfianza hostil lo debemos suprimir nosotros, los que encarnamos la nueva generación espiritual.

Hemos de reconquistar la fe del pueblo haciendo que nuestros actos sean la materialización de nuestras palabras. Si la esencia de la realidad no se aviene con nuestras doctrinas será porque éstas son falsas; modifiquémoslas, en tal caso, para adaptarlas a la índole de la vida; pero no seamos nosotros los que fracasemos en la empresa de aplicarlas, por falta de integridad y rectitud; y sobre todo, no mantengamos ese funesto dualismo que es germen de injusticias y de claudicaciones, excusa tradicional y vergonzante de todas las tiranías. No es solamente la América (la del Norte y la del Sur) la que camina a su perdición por las rutas actuales, es todo el Occidente el que se desploma, suscitando, a la vez, el alzamiento de los pueblos orientales cuya avalancha ya se vislumbra en el horizonte.

El ejemplo de Alemania

Nosotros, americanos, — porque también nosotros lo somos—, vamos, desde luego, a nuestra ruina, aunque por distintas direcciones. De no modificar la orientación que llevan nuestros países, los latinoamericanos continuaremos cayendo y quedando sometidos a la implacable política del dólar, apoyada por las bayonetas y la escuadra de los nietos de Lincoln, cuyas doctrinas de libertad se han trocado en instrumentos de opresión. Pero vosotros afrontaréis el destino de Alemania. Sufriréis una derrota semejante a la del emperador germánico y aún quizá mucho peor. Ya habéis substituído con ventaja el poder y la am-

bición de los teutones, basados, también, en el desenvolvimiento capitalista; sus ejércitos los poseéis en la escuadra numerosa y en las repletas arcas de oro. El mundo entero os es tributario; le tenéis preso en las mallas aceradas de vuestra red económica. Vuestra plutocracia es insaciable; no bastándole la posesión de casi todo el oro existente trata de adueñarse del tesoro petrolífero y gobierna para ello la diplomacia mundial. Ha heredado, asimismo, de la extinta dinastía alemana, su altanería, su insolencia, su orgullo desmesurado de señores de la fuerza, sin cortapisa ni contralor, para quienes los tratados únicamente eran válidos cuando les favorecían.

¿En qué emplean ese poder vuestros oligarcas? La tierra entera es testigo de que no es en beneficio humano; y de que sólo difieren de las viejas autoeracias imperialistas en sus métodos modernizados. Ya vuestro gran **condottiero**, Teodoro Roosevelt, se apresuró a refutar a Wilson, declarando que no era exacto que los Estados Unidos lucharan por abrir camino a la democracia en el mundo, lo que confirmó luego el gobierno norteamericano. No es cierto, efectivamente: la democracia del mundo y el bien de la humanidad son contrarios a los intereses de los plutócratas yanquis: es el dominio del mundo lo que persiguen y en lo que ya están bastante adelantados. Ellos no toman en cuenta las lecciones de la historia. Tampoco advierten que el mundo tiene hoy mayor unidad y más conciencia viviente que en los tiempos anteriores. Mas si es posible engañar y sofisticar a un pueblo, no se reduce al engaño a toda la humanidad; ésta se halla apercebida, vigila y cela sus pasos, denuncia sus intenciones y teme su despótico poder. La conciencia universal ya los tiene juzgados y condenados. Detesta su ambición materialista y su hipocresía puritana. Ni la vida ni la libertad se recibirían con gusto de sus manos. Han deformado a su pueblo, imponiéndole “una disciplina de colmena que persigue un fin extraño a las abejas” y pretenden deformar la humanidad. Pero esto es un sueño vano, según demuestra la historia.

Si no conseguís desviarles del camino de anexión, de absolutismo y conquista disfrazada que persiguen, surgirá el pueblo o la raza que se antepondrá a su paso y asestará sobre ellos el golpe decisivo, ejecutando un decreto ya dictado en el alma de la humanidad. Y entonces se hallarán solos, como se encontró Alemania en la hora del peligro. Porque como ya se ha dicho, más aún que reproducir, acentúan los procedimientos del procaz imperialismo germánico. Desprecian la tradición y la experien-

cia europea con suficiencia de advenedizos. Han decretado por sí y ante sí mismos, con infatuación ingenua que son la raza elegida, superior, casi la única con derecho a la existencia. El "Dios está con nosotros" de los germanos, lo han substituído, ellos, con el lema implícito de "Dios somos nosotros". Se rigen por el espíritu del Viejo Testamento y aún quizá no han llegado a él; porque la inhumana ley de Lynch, es mucho más implacable que la del talión.

Cultivan la ferocidad de la caverna.

Cultivan y estimulan como un deporte, en las masas inconscientes, la ferocidad de la caverna. Han resuelto la desaparición del negro como podría haberlo hecho el propio Jehová; y han decidido ignorar la existencia de la raza ibérica que ocupamos la América Latina. Han resuelto más aún: que no existe otra América que la suya, o sea la parte menor de la América geográfica. Así, de acuerdo con una antigua y habil política, Norte América es toda la América; y si todavía no es, ya lo será. Por lo pronto han tomado posesión del nombre y ello significa muchas cosas: Panamericanismo, de este modo, significa en la práctica, norteamericanismo, y la doctrina Monroe equivale a la anexión del continente. El hecho de que América Latina constituya las dos terceras partes de la superficie de este nuevo mundo carece de importancia, por virtud de su misma desunión. Y el de que esté ocupada esa tierra por una raza distinta de la del Norte, de tradición cultural más antigua y depurada, es un detalle molesto y transitorio cuya existencia conviene disimular. Resulta, pues, que cualquier americano de habla ibérica que lea el libro mencionado de Mr. Coolidge necesitará palpase para convencerse de que existe y de que no es el fantasma de un ensueño escapado de la "Atlántida" de Platón; puesto que en un libro tan moral, tan religioso, tan defensor del derecho, donde se habla de América, de sus tradiciones y sus normas, constantemente; donde se pretende definir nada menos que el objeto y el destino de América, no encontrará, ni siquiera por acaso, ningún nombre de país, de personalidad o hecho histórico, ni expresión de idiosincrasias y tendencias que den a entender que existe otra América que la del Norte. Únicamente aparece Méjico, respecto de quien declara Mr. Coolidge, en 1923, que están en guerra "no declarada" con él; aunque se guarda, naturalmente, de consignar que esa guerra efectiva y no declarada, tiene por causa los yacimientos de petróleo mejicano sobre

los cuales reclama Méjico sus derechos nacionales. No ignoramos que tal procedimiento ha adquirido la categoría de hábito y ha encarnado hasta en el lema de las embajadas; y que puede mantenerse impunemente a consecuencia del renunciamiento de nuestra raza, hoy sumisa. Más no deja de chocar y sorprender en un hombre tan moral como lo pretende ser el señor Coolidge.

América, en realidad, no ha nacido, todavía.

Puede oponerse contra ese procedimiento vejatorio de maquiavensmo subalterno, adoptado por la vieja generación norteamericana, que no sólo Norte América no es América, sino que América, en realidad, no ha nacido todavía. No es ni puede ser América esa "tierra de las culturas sepultadas"; ese trasplante del puritanismo industrialista inglés, que ha tomado de América una parte del espacio, pero no las raíces ni el espíritu, ni la tradición de alma aborígen. Esa pretensión de que el norteamericano actual encarne toda la América no solo constituye una usurpación de los derechos de América Latina, sino de toda la América real que carece de representación en esa América contrahecha, donde no existe, en substancia, nada de origen americano. No; la América viviente brotará de la unión de toda América — desde la del Norte a la del Sur — y será el resultado de la fusión de sus distintas culturas y tradiciones, englobando el espíritu aborígen. Y si hemos de ser sinceros, declaramos que hoy somos nosotros, precisamente, — con nuestro atraso y nuestra indolencia — los representantes verdaderos de la América: los que nos hemos mezclado a la gente de la tierra, a los humildes autóctonos, depositarios, al fin, de la raíz y la esencia de la tierra, los que hemos adquirido las cualidades y los defectos de los que encarnan la tradición realmente americana, y hemos arraigado en este suelo y por lo mismo crecemos más lentamente, pero con más hondura también y con una índole propia. Porque es en extremo absurdo e irritante el pensar que un continente que estaba ya poblado por razas y civilizaciones antiquísimas como la incaica, la azteca, la maya y la araucana, para no mencionar en este instante más que las de esta parte de América, deba ser representado y todavía con carácter limitativo, por una raza de origen europeo que se jacta de su espíritu excluyente y de su procedimiento de transplante.

El destino de América.

Por otra parte, el destino de América, no es el de realizar un nuevo ensayo, con su fracaso correspondiente, de los intentos de imperialismo capitalista que ya reiteradamente han afligido al mundo con los caracteres de una enfermedad epidémica; sino el de tentar un experimento original; el del dominio del hombre, de la superación de todas las limitaciones, de clase, de religión y de raza, para alcanzar la fusión de la esencia íntima y universal del ser humano. No es posible explicar las pretensiones de exclusivismo racial de vuestras clases dirigentes en un pueblo formado por el torrente de toda la sangre humana. No es lícito sostener,—en el sentido étnico,—que ha acabado revistiendo,—vuestro lema de “América para los americanos”, porque, además de ser injustificable, ni siquiera es posible definir a estos, a no ser que se arrogue tal derecho la banca de Wall Street. Mas humano, viviente e idealista es nuestro lema de “América para la humanidad”; pues si, en efecto, América ha de cobrar realidad universal y corresponder a la época presente, como genitora del futuro, debe ser una experiencia que supere esencialmente el fenómeno europeo y que integre la contradicción de los dos términos de oriental y occidental, en una altísima síntesis de integración humana que practique la simbiosis y la fusión espiritual, en vez de la competencia darwiniana, propia del campo biológico.

Es hora, ya, de que América se realice.

Para eso, la Unión Latino Americana, se dirige a vosotros por mi intermedio, jóvenes de Norte América. No os pide ayuda, ni reclama derechos exteriores, ni menos solicita compasión. Si os dirige este llamado, es porque está segura de encontrar, al menos entre los jóvenes, entre aquellos más despiertos, un sentimiento fraterno, un eco cordial y un espíritu activo, vigilante, capaz de comprender estas verdades y colaborar en nuestra acción. Es hora ya de que América se realice, — la América integral que constituye una esperanza del mundo. Me es en extremo grato reconocer que vosotros habéis ya conseguido grandes cosas; habéis logrado imponer cierta igualdad exterior en el sentido de abrir camino a las aptitudes dentro de condiciones determinadas y puramente individualistas; habéis encarnado el triunfo sobre la inercia europea y habéis llevado a su máxima expresión actual, la industrialización de la naturaleza. Pero habéis,

a la vez, extravertido la personalidad de vuestro pueblo, convirtiéndolo a los hombres de la masa en autómatas, en instrumentos mecánicos de producción y permitido a los oligarcas capitalistas que asuman la dirección de vuestra energía nacional, y esto os llevará al fracaso si no reaccionáis a tiempo. Y vuestro fracaso puede ser de consecuencias fatales para el mundo. Puede implicar la caída de toda la raza blanca y por tanto de la civilización del Occidente.

Son supremos los intereses que tenéis en vuestras manos.

Son, pues, supremos los intereses que tenéis en vuestras manos. Es necesario que realicéis un esfuerzo heroico, digno de la tradición de vuestro pueblo para imponer una nueva orientación humana. Debéis también renovar la democracia, dándole estructura ética y carácter social que ensanche el radio de acción de la justicia, despierte los sentimientos colectivos y estimule y permita la ascensión de la personalidad humana.

De esta manera podréis robustecer nuestra tendencia renovadora y contribuir al florecimiento del porvenir que llevamos dentro. Porque nosotros, iberos de la América Latina no hemos realizado nada todavía, pero nos hemos forjado un alma propia y abrigamos el germen de una nueva palabra del espíritu. De vosotros, en parte, depende que podamos pronunciar esa palabra. Reunidos los dos aspectos: el de espíritu y acción, pensamiento y voluntad, emoción y dinamismo, podremos completar la esfera humana y abrir una era fecunda en la evolución del mundo.

Si colaboran en esa empresa los "pioneers" de Walt Whitman, los idealistas de Emerson, los irreductibles reformistas de Thoreau, lograremos conquistar el porvenir que reserva para nosotros, maravillas mucho más esplendorosas que las alcanzadas hasta hoy.

Vosotros, exploradores infatigables, tenéis una tierra virgen para descubrir y colonizar en el corazón del hombre. Vamos a explotar las minas de inagotable riqueza que hay ocultas, todavía, en el fondo del espíritu humano.

Alfredo L. Palacios

Presidente de la Unión Latino-Americana

Buenos Aires, marzo 13-1927.